

alguna de estas circunstancias, que aún cuando materialmente físicas, ejercen la más profunda impresión en la moral del hombre?

A los diez y seis años no cumplidos, la razón de Estado le dió por esposa á María Antonieta, hija menor de la célebre emperatriz de Austria María Teresa, que tampoco contaba sus catorce años cabales al celebrarse el matrimonio religioso el día

16 de Mayo de 1770. Hemos dicho «el matrimonio religioso,» porque el matrimonio real tardó siete años en efectuarse. ¿Cuál fué la influencia de esta extraña situación en el carácter de Luís XVI y de María Antonieta? ¿Cuál fué su influencia sobre las relaciones entre ambos esposos, que veían deslizarse en la más absoluta indiferencia los más hermosos días de su vida?



Luís XVI, rey de Francia

La crítica de nuestros días que nada respeta y que todo lo averigua ha puesto claro lo que para los contemporáneos de Luís XVI fué una presunción, tachada de malévolá, tan pronto se hacía pública. La impotencia del rey por defecto físico nadie quería creerla, esto eran suposiciones calumniosas de sus envidiosos hermanos, ó de la corte de estos, y cuenta que lo mismo se decía del conde de Provenza, después Luís XVIII. Pero la publicación de las *Memorias* de madame Campan de un lado, de la correspondencia de María Antonieta con su madre de otro, y la misma acta original de la operación que se hizo en 1777 al rey para cortarle la brida ó el frenillo y que posee la colección Feuillet de Conches, han revelado toda la verdad. El matrimonio, según carta de María Antonieta á su madre, se

realizó en Agosto de dicho año, es decir, tres años después de haber sucedido Luís XVI á su abuelo. Ahora bien, ¿este hecho extraordinario y que desde luego explica el carácter reservado y receloso de Luís XVI, no explica su hipocondría y su indiferentismo, de que da pruebas terribles su *Diario*, casi, casi llevado por él mismo, con la escrupulosidad de un diario comercial, y reservado á anotar sus partidas de caza en particular, sus misas, las visitas y las cortesías que le hacen sus cortesanos, esto durante un reinado capaz de dar vértigos á la cabeza mejor organizada para las grandes luchas de la vida? ¿Cómo el hombre que había sabido distraer sus ocios traduciendo del inglés la vida de Carlos I, circunstancia extraordinaria que hace estremecer nuestros nervios al considerarla, y tanta afición te-

nía por el *Emilio*, de J. J. Rousseau, como, pues, el hombre que tenía aficiones literarias, pudo olvidar éstas hasta el punto de escribir un diario tan insulso é inverosímil como el suyo? ¿Más aún, Luís XVI delfín, príncipe, escribe otro diario que conocemos con el título de *Reflexiones sobre mis conversaciones con el señor duque de Vauguyon*, que revelan el hombre, el futuro rey, el futuro *rey-mártir*, y que en modo alguno hace presentir al autor del *Diario*?

Enrique Martín dice de una y otra obra: «El *Diario* es de una increíble monotonía: la caza, las comidas y la misa invaden todas las páginas. «Hoy he perdido dos partidas de caza.» «Hoy he dormido mal.» «Pensar que no encuentra otros asuntos para consignar en esos formidables días que le ha tocado su suerte y de la de Francia.»

Este *Diario*, no revela la conciencia y la pobreza de su espíritu. Las *Reflexiones* con otra cosa. En ese trabajo, muy meditado, el recto sentido, aunque muy banal de Luís, llega á veces más alto de lo que pudiera imaginarse: algunas veces hay elevación; siempre sensibilidad. Es como un reflejo del duque de Borgoña que llega á Luís XVI por el difunto Delfín, su padre. En cuanto á los principios es el absolutismo templado por el sentimiento cristiano. El rey es el poder único. La legislación es él solo. Él tiene el *derecho* de decretar los impuestos que necesiten las necesidades del Estado sin que tenga que consultar para ello á sus súbditos, pero se reconoce el *deber* de la economía.

Algunas máximas de Rousseau y de los economistas se deslizan á través de esas ideas de los pasados tiempos. Por ejemplo, el soberano no debe legislar más que por actos generales. Encuéntranse también largas consideraciones sobre los hombres, la firmeza y la irresolución: «¡Estoy contento, dice, de lo que encuentro en mi corazón sobre la firmeza!... Así parece que se esfuerza en fortalecerse por adelantado. La suerte de Carlos I le preocupa ya: ¡ese nombre ejerce en él una especie de fascinación lejana! Ese pequeño libro oprime el corazón. El *Diario* no merece más que una desdenosa compasión: es el hombre en la trivialidad de las rutinas cotidianas en que se absorbe; pero las *Reflexiones* inspiran una estima y una simpatía dolorosas; es el hombre concentrado en su conciencia y elevándose por encima de su naturaleza por la fuerza del sentimiento moral y religioso.»

¿Cómo murieron en él estas disposiciones á la elevación y á la meditación? Estas disposiciones, murieron para nosotros, de la enfermedad moral que mantenía

alejado á Luís de su esposa, tanto, que á nosotros nos admira que pudiera sufrirla sin morir cien veces por espacio de siete años. La resignación á la desgracia que tan tardíamente para él combatió y venció, labró el carácter artificial que tantas veces en el transcurso de su vida, como veremos, se impone á su carácter natural.

Por niña que fuera María Antonieta al unirse con Luís, estaba demasiado impuesta de sus deberes para no sentirse dolorosamente afectada por una situación que tal vez sólo fué conociendo poco á poco. Por defecto debió creer que el amargo desvío era efecto de la animadversión que

tenía este estado de cosas y madame Adelaide, la hija mayor de Luís XV no se lo ocultaba nunca ni á Luís ni á su esposa. De aquí que aquél sintiera por su esposa una doble repulsión que la hacía víctima inocente de la más monstruosa injusticia. ¡Y pensar que los que si estuviera en su mano canonizarían á María Antonieta por respetos reales, no han sabido poner de relieve los sufrimientos de una mujer tan inicuamente sacrificada á la razón de Estado por su madre y por su esposo, y que si no basta á justificar todo lo que se ha dicho en defensa de la vida ligera y desordenada de María Antonieta, basta, seguramente, para cubrirla con un tupido velo que los mismos moralistas no levantarían sin escrúpulos!

Necesario es que desde ahora veamos claro si María Antonieta fué ó pudo ser el ángel bueno ó el ángel malo de Luís XVI.

Apenas fué entregada á los franceses al *Cardenal de Rohan*, en la frontera del Rhin, ya observaron los que por el solo hecho de haber venido por voluntad de Choiseul se declararon sus enemigos, que era una mujer sin instrucción, sin genio, atrevida, ligera en el hablar y obrar, y más amiga de una sociedad risueña y alegre, que de la etiqueta de la corte de Luís XIV, la más empalagosa del mundo; ¡y no tenía más que 14 años!

Fueron sus enemigos declarados todos los que lo eran de Choiseul, fuéronlo los jesuitas y todos los amigos de éstos que tan sin motivo mortificaron á la joven princesa, y fuéronlo todos los que habiendo sabido con mayor ó menor certidud lo que pasaba entre Luís y María Antonieta, quisieron aprovechar este estado de cosas para sus particulares intereses. Fuélo pues Luís XVIII, ó mejor, el conde de Provenza. Fuélo también el conde de Artois, que tal vez contribuyó más que otro alguno á perder la re-



M. Solá-Sagalés. Editor

En Miralles, Unión 17.

LOS GRANDES PINTORES DEL SIGLO XIX.

MARIA ANTONIETA Y SUS HIJOS. (Cuadro de la S.^a Lebrun)

putación de la reina: el día que María Antonieta tuvo sucesión varonil, en este día el conde de Artois luégo Carlos X, olvidando los favores que había recibido ó no recibido de su cuñada, se juntó á su hermano para deshonrar á la dama, á su reina y al presunto heredero de la corona de Francia. Fué también su enemigo, verdaderamente su enemigo, su mismo esposo, pues, como lo acreditaron los famosos documentos descubiertos en el armario de hierro de las Tullerías, no vió en ella más que una austriaca, pero el día en que las relaciones entre ambos esposos cambiaron, modificóse su enemiga y si no amó á la mujer, amó á la madre de sus hijos, sin por esto, como veremos, considerar en ella á la reina, aunque á tiempos sufriera su influencia de una manera invencible.

Sola, pues, María Antonieta en medio de una corte extranjera, tuvo que ser desde luégo la reina de un partido, siquiera por no morir de nostalgia. *Austriaca* por voluntad de madame Adelaida que así la había bautizado, los *austriacos* habían de ser sus amigos. ¿Podía por ventura tener otros?

Abandonada de su esposo, que no veía en ella más que una mujer resignada ó sufrida, y ganosa de vivir y de gozar de la vida que tan hermosa se presenta á los catorce años, María Antonieta, alejada de los negocios públicos, lo mismo en tiempos de Luís XV que de su esposo, hubo de buscar en las fiestas diurnas y nocturnas, en las funciones de teatros y en los bailes privados y públicos, ocasiones para matar la ociosidad y el tedio. ¿Y podían faltarle estas ocasiones?

Cuando su esposo es proclamado rey, no parece sino que éste no tiene tiempo sino para regalar á su esposa el pequeño Trianon, sin duda, para que su vida alegre y divertida, se deslice con el menor ruido posible en las soledades del parque de Versalles. El pequeño Trianon y María Antonieta se hicieron inseparables, y en él la reina, acompañada de su amiga del corazón de la princesa de Lamballe, una viuda de 18 años, para quien hizo establecer á pesar de la oposición del rey, el cargo de subintendente de la casa de la reina, puso de moda las expediciones y la vida pastoril, que tanto dieron que hablar con ó sin motivo. Durante cuatro años la hermosa austriaca y la hermosa italiana fueron inseparables, esto es de 1772 á 1776, pero á partir de últimos de este año, las relaciones se enfriaron y la Lamballe dejó de ser la amiga de la reina, para no volverlo á ser hasta los días de la gran crisis. La princesa de Polignac la reemplazó. ¿Hay una mera coincidencia en la relación en que vienen las fechas

1776 á 1777, esto es entre la época de la ruptura de relaciones de la Lamballe con la reina y el conocimiento—bíblico—de María Antonieta por su esposo?

Lejos de nosotros la idea de profundizar en materia tan escabrosa; la imagen de la mujer sacrificada en 1770 á la política, por la que muere, consumando su sacrificio en 1790, impone todos los respetos, pero la verdad, es que sin formarse una clara idea y una profunda convicción de la vida íntima de María Antonieta, no es posible comprender la grande antipatía que por ella tiene el pueblo de París, y las consecuencias funestas de esta antipatía.

Así, no afirmaremos ni negaremos, que fueron ó no sus amantes el conde de Artois, Vandreuil, Coigny, Fersen y tantos otros como se citan, ó si con todos ellos se condujo como con el cardenal de Rohan, pero sí diremos que su hermano el emperador de Austria José II, le reprende en sus cartas, por haber llenado su imaginación con la lectura de obras obscenas, que debe arrancar de su memoria, y que es por una carta del mismo emperador, por quien podemos afirmar ser cierto, lo que de otra manera hubiera podido ponerse en duda, esto es, las escapatorias nocturnas de María Antonieta á los bailes de máscara de París, que tanto comprometieron su reputación, en lo que contribuía ella misma, contando á todos sus aventuras. Hé aquí lo que le escribía su hermano:—«¿Creeis que al otro día de vuestras salidas no lo sabe todo el mundo? ¿Y sois vos misma la que os dáis la pena de contar vuestras aventuras en el baile? El punto mismo á donde acudís tiene muy mala reputación... ¿A qué, pues, esas aventuras, esas majaderías? ¿A qué mezclaros con ese mundo de libertinos, de mujerzuelas, de extranjeros, y tener que sufrir su lenguaje, sino es que vos misma lo usáis? ¡Qué indecencia! ¡Debo confesaros, que esto es lo que más ha escandalizado á todos los que os quieren y piensan honestamente! ¡El rey abandonado toda una noche en Versalles y voz mezclada en sociedad y confundida con toda la canalla de París...» Ya sólo nos queda por decir, que es indudable también que María Antonieta había ya perdido su reputación, mucho antes de que diera su primer paso en falso, las *Memorias* de Bachaumont, y la *Crónica secreta*, del abate Baudeau lo prueban, y sino la justifican tampoco, dígame quién había de salvar á una pobre niña de catorce años, arrojada de súbito en la sociedad inmunda de la que era reina la du Barry.

El *Severo*, debía naturalmente principiar por